

CAPITULO CXIII.

Reinado de D. Enrique III de Castilla llamado el Doliente.—Minoria del rey.—Disturbios á consecuencia del testamento del rey D. Juan.—Cortes de Burgos.—Energía de D. Enrique para dominar á los magnates rebeldes.—Institucion de corregidores.—Embajada al gran Tamorlan.—Conquista de las islas Canarias.—Cortes en Madrid, Tordesillas y Toledo.—Muerte del rey D. Enrique.

PROFUNDO disgusto é inconsolable sentimiento causó en el reino la muerte del Monarca.

Sus grandes prendas por una parte, la desgracia que en lo general acompañara á todas sus empresas, granjeáronle generales simpatías, y como por otra parte preveíanse males sin cuento en la minoría subsiguiente, era natural que con doble motivo hubiera de sentirse una muerte que tan gran cúmulo de desdichas auguraba.

Las presunciones populares no quedaron defraudadas desgraciadamente. El arzobispo de Toledo, D. Pedro Tenorio, que en los momentos siguientes á la muerte del Monarca mostróse lleno de prudencia, procurando ocultar su muerte hasta que estuviese reconocido y jurado como rey el príncipe D. Enrique, haciendo valer un testamento otorgado por el Monarca algunos años antes en Celorico, testamento que al ser abierto quedó desechado por considerarle perjudicial, fue de los primeros que separándose del consejo de regencia que se había formado, dió pie para las grandes turbulencias que se siguieron.

Once años y cinco días contaba D. Enrique III cuando subió al trono de Castilla; formóse un consejo de regencia que en su nombre administrara el reino, componiéndole el duque de Benavente, el marqués de Villena, el conde D. Pedro, todos ellos tíos del Monarca, pues el primero era hijo de D. Enrique II, el marqués de Villena lo era del infante D. Pedro, nieto del rey D. Jaime de Aragón y el conde D. Pedro era á su vez bastardo también del maestro de Santiago D. Fadrique, á quien D. Pedro el Cruel había asesinado en Sevilla.

Además de estos, estaban los arzobispos de Toledo y Santiago, los maestros de Santiago y Calatrava, varios ricos-hombres y caballeros y ocho procuradores de las villas y ciudades.

Teniendo por único móvil unos y otros la ambición, fácilmente se comprende que la concordia no pudiera ser muy duradera.

Quebrantóla primeramente el arzobispo de Toledo, siguióle después el duque de Benavente y el marqués de Villena; encendiéronse las enemistades, pusieronse unos y otros en armas; para obtener favor y ayuda, los que quedaron al lado del Monarca, hacían concesiones honrosas para el país, y después de mucho tiempo de disturbios y de exacciones por parte de uno y de otro bando, llegóse á un acuerdo por el cual entraron á formar la regencia los individuos que designaba el Monarca en el testamento de que ya hicimos mérito otorgado en Celorico, agregándoseles el duque de Benavente, el conde D. Pedro y el maestro de Santiago, que no estaban comprendidos en los designados en aquel.

Pero ni con esto se pudo obtener la paz que á cada momento el carácter enérgico y altanero del arzobispo de Toledo estuvo alterando, hasta que el Monarca se vió obligado á tomar las riendas del gobierno antes de cumplir los catorce años, acontecimiento que tuvo lugar en Burgos en primeros de agosto de 1393.

¡Lástima grande que mientras el rey de Castilla no tenía más que aliados y amigos fuera de sus estados, en el interior de ellos todo eran desórdenes y disturbios, todo abusos y arbitrariedades!

Una vez coronado el joven Monarca y mientras convocaba las Cortes generales en Madrid, fué á Vizcaya á tomar posesión de aquel señorío.

Abiertas las Cortes manifestó su voluntad de regir por sí mismo el reino, confirmando todos los privilegios de que disfrutaban sus pueblos y revocando todo lo hecho por sus tutores, especialmente en la parte que á donaciones se refería, donde según dejamos espuesto, tantos abusos se habían cometido.

Pidióles también algún subsidio y los procuradores le rogaron que se rodeara de buenos consejeros, que viera de disminuir los excesivos gastos de la real casa y finalmente que todos los pechos que impusiera, fuesen únicamente aquellos que pudiera cumplir el país.

Prometido así, concediéronle un subsidio, realizóse su matrimonio con D.^a Catalina de Lancaster y el de su hermano el infante D. Fernando, con la condesa de Alburquerque, la rica-hembra de Castilla, y abandonó á Madrid á causa de la epidemia que comenzaba á reinar.

Con la marcha de la reina de Navarra, su tía D.^a Leonor, que separada de su esposo había permanecido algún tiempo en Castilla, y usando de la dureza con varios de los nobles turbulentos y con la solución del pleito que sostenía con su tío el conde D. Alfonso y que había consentido en someter al juicio del rey de Francia, juicio que fue completamente favorable al rey de Castilla, pudo D. Enrique respirar con alguna libertad y mas tranquilo, dedicarse á los cuidados y á las atenciones que reclamaban sus estados.

La falta de caballos hacía sentir de una manera extraordinaria en Castilla, por lo cual los monarcas anteriores habían tomado varias providencias al objeto de fomentar la cría caballar, pero don Enrique, mas sagaz que sus antecesores, dió una ordenanza desde Segovia, en la cual utilizando diestramente la vanidad de la mujer, prohibía que ninguna mujer casada de cualquier clase ó condición pudiera usar cierta clase de telas, ni ciertas joyas, si su marido no mantenía un caballo de seiscientos maravedís.

De igual manera fijaba el número de mulos que debieran tener los prelados, magnates ú empleados, tanto públicos como particulares, constituyendo este ordenamiento uno de los documentos mas curiosos de su tiempo.

Poco tiempo antes de esto y desoyendo las amonestaciones del Monarca y los consejos de muchos y experimentados caballeros, el maestro de Alcántara, D. Martín Yañez de Barbudo, escitado por un ermitaño llamado Juan del Sayo, sin que bastara á contenerle la tregua ajustada entre el rey de Granada y D. Enrique, reunió una hueste de trescientas lanzas y cinco mil peones y penetrando en el territorio musulman, fue á encontrar la muerte con todos los suyos cerca de Alcalá la Real, en castigo de su loca tenacidad.

Este acontecimiento podía muy bien haber alterado las buenas relaciones que mediaban entre los dos soberanos, si D. Enrique no se hubiese apresurado á manifestar al granadino que el maestro de Alcántara había obrado sin su consentimiento.

Fácilmente se comprende que Castilla lo mismo que todos los demás Estados cristianos, había de tener que tomar parte en la cuestión del cisma, que tan conmovida y perturbada traía á la Iglesia.

Pedro de Luna había sido elevado á la dignidad pontificia en Aviñon, bajo el nombre de Benedicto XIII y á pesar de las ofertas que hiciera respecto á que después de su elevación pondría término á aquellas turbulencias renunciando al pontificado, persistió en considerarse como tal pontífice, consiguiendo con esto enagenarse las simpatías de los monarcas que le habían favorecido, apartándose finalmente de su obediencia las cortes de Francia y de Aragón.

Enrique III, deseando proceder con el mejor acierto en aquella cuestión tan grave, congregó una asamblea de prelados y doctores en Alcalá de Henares y en virtud del acuerdo de esta, separóse de la obediencia del anti-papa Benedicto XIII (1), decretándose algunas constituciones para el gobierno de la iglesia de Castilla hasta tanto que hubiera un solo é indubitado pontífice.

Algunos historiadores contraen á esta época de 1399, varios hechos referentes á la miseria y estrechez en que el Monarca se hallaba, mientras que sus magnates, que se habían aprovechado de su minoría, nadaban en la opulencia y celebraban grandes festines cuando el verdadero Rey apenas tenía que comer.

Sobre este particular dicen, que un día al regresar de caza el joven Monarca encontróse con que no había cena dispuesta en palacio ni para él ni para la reina, porque no había quien quisiera fiarle ya comestibles de ninguna especie.

En este caso quitóse el Monarca el gaban que llevaba y se lo dió al despensero para que lo empeñase y con su producto pudieran comprarse algunas viandas para arreglar la cena.

Esto produjo algunas esplicaciones y el despensero dijo entonces á su señor lo de las orgías y festines de sus caballeros, añadiéndole que precisamente en aquellos momentos tenía lugar una gran cena en casa del arzobispo de Toledo.

Disfrazado el Monarca pudo asistir á ella y se convenció de la verdad y al día siguiente, fingiéndose enfermo, cuando hubieron acudido al alcázar á enterarse de su salud todos aquellos caballeros, aparecieron de repente D. Enrique acompañado de algunos centenares de soldados que á prevención tenía, juntamente con el verdugo, y exigióles que le entregaran todas las rentas que indebidamente disfrutaban y que malgastaban con tanto desdoro de la majestad real (2).

Nuevas Cortes vemos celebradas en Tordesillas en 1400, y tras ellas la primera muestra de fecundidad de la reina D.^a Catalina, después de ocho años de matrimonio, con el nacimiento de la princesa María, en noviembre de 1401; seguidamente la embajada enviada al gran Tamorlan, según llaman las crónicas, al famoso conquistador tártaro Timur Lenk, embajada á la cual este correspondió, enviándole, entre otros preciados regalos, dos bellas cautivas que, según dicen, pertenecían á la casa real de Hungría, las cuales se casaron mas tarde, con los dos embajadores y fueron tronco de dos nobles linajes en Castilla.

Durante este reinado y por la protección y bajo el amparo prestado por el Monarca de Castilla al francés Juan de Bethencourt, descubriéronse y se conquistaron las islas Canarias.

En 6 de marzo de 1403, dió á luz la reina un príncipe á quien se puso por nombre Juan, siendo reconocido y jurado como heredero y sucesor del reino, dos meses después.

Rota la tregua con el rey de Granada, no pudo el Monarca por el quebrantado estado de su salud que le había granjeado el sobrenombre del *Doliente*, dirigir personalmente la guerra, pero dió las disposiciones para ello y cuando se disponía á enviar mayores refuerzos y hacer mayores aprestos, sorprendióle la muerte en Toledo, á 23 de diciembre de 1406, á los 27 años de edad, causando su fallecimiento extraordinario dolor en sus estados.

(1) No debemos confundir á este anti-papa con el pontífice de su mismo nombre que ocupó la silla pontificia en 1724.

(2) En el sumario de los reyes de España, en Mariana, en Garivay y en la historia del rey D. Enrique III, de González Davila, hallanse minuciosamente descritos estos hechos.



MUERTE DE D. JUAN I DE ARAGON.

Miera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CXIV.

D. Juan I de Aragon, el Cazador.—Reconoce la autoridad pontificia de Clemente VII.—Disipacion de la corte.—Insurreccion en Cerdeña.—El cardenal de Aragon D. Pedro de Luna, es elegido pontifice.—Continuacion del cisma.—Muerte del rey D. Juan.

CUANDO ocurrió la muerte del rey D. Juan I de Castilla, hacia cuatro años próximamente que reinaba en Aragon otro D. Juan I, hijo del rey D. Pedro IV el Ceremonioso.

Ni en defectos ni en grandes cualidades fue digno sucesor de su padre; por el contrario, dotado de una indolencia y de una apatía extraordinaria, el carácter dominante de todo su reinado, es totalmente distinto del anterior.

Ensañóse contra su madrastra la reina D.^a Sibilia de Forcia, y contra sus amigos, acusando á aquella de haber dado hechizos, y de haber abandonado á su padre en el artículo de la muerte, y á estos, como sus cómplices.

Varios de ellos fueron sujetos á la cuestion del tormento, y la reina pudo darse por bien librada con que le concediese la vida en cambio de los inmensos bienes que le cedió, aun cuando si se llegó á este acuerdo, fue por mediacion del legado pontificio, que lo era el cardenal de Aragon.

Fácilmente se comprende, que como primer acto de un reinado, ensañarse de una manera semejante hasta el punto de hacer decapitar á veinte y nueve caballeros, y castigar con otras penas severas á otros muchos, no era el medio mas á propósito para captarse las simpatías de sus vasallos.

Despues que hubo jurado á los catalanes guardarles sus constituciones y privilegios, anuló cuantas donaciones hiciera su padre desde 1363, en perjuicio suyo y del reino, según él lo manifestó.

Nombró por su Lugarteniente general, en los ducados de Atenas y de Neopatria, al vizconde de Rocaberti; y D. Gimén Perez de Arenós, nombrado gobernador de Cerdeña, ajustó en su nombre una tregua de dos años, con D.^a Leonor, hija del juez de Arborea, que seguía sosteniendo las pretensiones de su padre.

Al mismo tiempo, y creyendo que debía abandonar la neutralidad en que el político y sagaz D. Pedro IV se mantuviera respecto al cisma que por tanto tiempo estaba afligiendo á la Iglesia, máxime cuando la mayor parte de las naciones habian ya manifestado su opinion, reuniendo una asamblea de obispos en Barcelona, quedó acordado prestar obediencia á Clemente VII, lo mismo que lo habian hecho Francia y Castilla.

Si por algo señalóse el reinado de D. Juan I de Aragon, fue por el lujo y boato de su casa y corte.

Sus dos pasiones favoritas eran la caza y la música, y tenia á gran gala poseer los mas preciados utensilios de cetrería y montería, y en traer á costa de los mayores sacrificios, á su corte, los mas célebres instrumentistas y cantantes.

Y á tal extremo llevó los gastos, que en festines y cacerías hizo el monarca aragonés, que irritados los caballeros, en las primeras cortes que celebró el Monarca en Monzon, en 1388, varios ricos-hombres y prelados, tanto de Aragon como de Cataluña, formularon sus quejas de tal modo, que no tuvo otro remedio que acceder á reformar su casa y sus costumbres.

Una invasion de los bretones capitaneados por Bernardo de Armañac, que tuvo lugar por la parte de Cataluña, llevó hacia aquella parte toda la atencion, siendo necesario emplear todos los recursos para combatirles, decidiéndose por último el mismo Monarca á marchar á la guerra.

Pero esto último no se llegó á realizar, porque el de Armañac regresó á su país para atender á la defensa de él, no sin haber hecho antes todo el daño posible en las poblaciones por donde pasara.

Por este tiempo habia fallecido en Roma Urbano VI, y los cardenales italianos eligieron nuevo sucesor en Bonifacio IX, con lo cual el cisma prosiguió del mismo modo.

En el año de 1391 ocurrió en el reino un levantamiento general contra los judíos, levantamiento en el cual perdieron la vida multitud de ellos, siendo entrada á saco la judería de Barcelona y de otras muchas poblaciones importantes.

El Monarca hizo grandes esfuerzos para evitar aquellos desórdenes y contenerlos, ordenando que á todos los que se bautizaran se les devolvieran los bienes de que se les habian despojado.

Otro grave motivo de disgusto tuvo el Monarca aragonés en la sublevacion que en este mismo año estalló en Cerdeña, promovida por Brancaléon Doria con su mujer Leonor de Arborea, obediendo sin duda á las sugestiones de Génova, que era la implacable enemiga de Cataluña.

Corto fue el refuerzo que D. Juan pudo enviar á los escasos caballeros que habia en Cerdeña, y en muy poco estuvo que no perdiera aquella isla.

De igual manera tambien, el aspecto que tomaban los negocios de Sicilia, no tenia nada de agradable.

Los barones catalanes que dominaban allí, unidos á varios italianos, prestaron su apoyo á Ladislao de Durazzo, á quien habia coronado como rey, el papa Bonifacio IX, y en su consecuencia preparáronse para rechazar enérgicamente al hijo del duque de Montblanch, el infante D. Martin, que iba á tomar posesion de aquel reino.

La embajada que los nuevos reyes enviaron á los sicilianos no

fue atendida, y en su consecuencia aprestóse una flota de cien velas, en la cual se embarcó la flor de la nobleza catalana y aragonesa, la cual arribó á Trapani, cuya ciudad fue tomada tras de alguna resistencia, siguiendo su misma suerte otras poblaciones y castillos de la isla.

A pesar de estos triunfos, no era nada satisfactorio el estado del nuevo rey D. Martin, puesto que la resistencia era porfiada y tenaz, y lo mismo que el puñado de valientes que peleaban en Cerdeña, demandaban sin cesar auxilios al rey de Aragon, auxilios que este prometia enviar siempre y aun ir él mismo en persona á llevarlos, sin que esto se realizase nunca.

Finalmente, el almirante de la flota que habia ido á Sicilia, don Bernardo de Cabrera, empuñando sus estados de Cataluña, reunió algunas cantidades, con las cuales organizó algunas compañías que fueron de gran utilidad al rey D. Martin.

Posteriormente envió el rey de Aragon una armada bajo el mando de D. Pedro Maza de Lizana en socorro de Cerdeña y de Sicilia, con lo cual mejoró algun tanto la situacion de aquellas islas.

La muerte del pontifice Clemente VII ocurrida en setiembre de 1394, pareció ofrecer tambien ocasion favorable para la terminacion del cisma, pero los cardenales franceses, queriendo imitar á los italianos, reuniéronse en Cónclave, procediendo á segunda eleccion, de la cual resultó con mayoría de votos, el cardenal de Aragon, D. Pedro de Luna, que fue elegido pontifice con el nombre de Benedicto XIII.

Este, siendo cardenal, habia ofrecido varias veces al rey de Francia que si algun día sucediese á Clemente, haria todo lo posible para restablecer la unidad de la Iglesia hasta abdicar el pontificado si necesario fuese.

Mas pronto demostró que no estaba decidido á abdicar como habia ofrecido, y aun antes de ser coronado, escribió al rey de Aragon dándole noticia de su elevacion al pontificado (1).

Tanto en este reino como en Castilla se recibió con gusto esta noticia, y ambos Monarcas se apresuraron á reconocerle.

El rey y la reina, que á la sazón se hallaban en Barcelona, asistieron á una procesion que hicieron los barceloneses para celebrar la elevacion al pontificado del cardenal de Aragon.

Si bien es verdad que tanto los españoles como los aragoneses se alegraron de la subida al solio pontificio del cardenal porque era español, lo celebraron mucho mas, porque abrigaban la esperanza de que terminaria el cisma, reconociendo las buenas cualidades que le adornaban.

Mas se engañaron todos los que así pensaban. Despues de haber desmentido todo lo que ofreció siendo aun cardenal, manifestó, despues de haber dado contestaciones muy ambiguas al rey Carlos VI de Francia y á la universidad de París, contestaciones que solo se reducian á ganar tiempo, que se consideraba como legítimo papa y que estaba muy lejos de abdicar aquel derecho, consiguiendo de este modo aumentar las discordias que ya existian antes de su proclamacion.

Nadie consiguió hacerle variar de intento; ni príncipes, ni reyes, ni obispos, ni cardenales, ni concilios, pudieron obtener su abdicacion.

Mientras tan deshecha borrasca envolvía á la Iglesia católica; mientras que el reino de Cerdeña, despues de tan costosos sacrificios, estaba á punto de perderse por la falta de auxilios pronto y eficaces, y á la par que el infante D. Martin hacia colosales esfuerzos para mantener en el trono de Sicilia á D.^a María su sobrina y á su hijo, el rey de Aragon, olvidado por completo de lo que á su reino debía, menospreciando las atenciones del estado por las diversiones y por los placeres, entregábase completamente á ellos en medio de su voluptuosa corte.

El ejercicio de la caza abstraía toda su atencion, mientras que su esposa la reina D.^a Violante quedaba encargada de los asuntos del gobierno.

Y sucedió que un día, habiendo salido D. Juan con sus monteros á entregarse á su diversion favorita, por los bosques de Joisca, adelantóse solo hacia lo mas espeso de él mientras aquellos se apostaban en los lugares designados.

De repente una disforme loba apareció á su vista.

Tal vez espantárase su caballo, tal vez sintiérase el Rey acometido de algun repentino accidente, ó tal vez por otra causa pues la verdad no ha podido conocerse, el resultado fue que cayó ó fue despedido del caballo, y cuando sus gentes pudieron apercibirse de ello y acudir en su socorro, ya era tarde; estaba muerto.

Este acontecimiento tuvo lugar en mayo de 1395, sin que dejara, á pesar de sus tres matrimonios, ningun hijo varon, pues solamente le sobrevivieron D.^a Juana, que estaba casada con el conde de Foix, y D.^a Violante, que casó con Luis II, duque de Anjou, que se tituló rey de Nápoles, Jerusalem y Sicilia.

(1) Únicamente á un error de imprenta podemos atribuir que en alguna historia de España bastante reciente, encontremos repetidas veces, bajo el nombre de Benito XIII, al cardenal de Aragon, que al subir al pontificado en 28 de setiembre de 1394 tomó el nombre de Benedicto.



BENEDICTO XIII.

Borra, Edita. Barcelona. Volante. 24 y 25.